

con acento

Elegir el mal menor

Marisa Regueiro

Los resultados de las recientes elecciones argentinas, dolorosos para quienes quieren bien al inmenso país hispanoamericano, rico en recursos naturales y también humanos son *lo que han querido*, para quienes sólo lo valoran por la corrupción institucionalizada. Pero, sobre todo, son desesperanzadores para millones de argentinos que, venciendo su comprensible y ya histórica desconfianza hacia los políticos, depositaron su voto por las opciones perdedoras, ya que demuestran que la descomposición peronista está instalada en la sociedad.

El 18 de mayo tendrán que elegir entre el ex presidente Carlos Menem (que consiguió el 24,3 % de los votos), y el actual gobernador de la provincia de Santa Cruz, Néstor Kirchner (21,9 %). La sufrida clase media urbana que atisbaba cierta posibilidad de salida a la dramática situación vivida desde años, con su apoyo al partido *Recrear* del economista López Murphy (16,34 %), o al *ARI* de Elisa Carrió (14,4 %), ha visto cómo la realidad del populismo peronista se ha vuelto a imponer, inexorable.

El país entero ha sido víctima de las luchas desaforadas por el poder que

caracterizan, desde Juan D. Perón, a los caudillos del Partido Justicialista. El PJ llegó dividido a las urnas, con tres candidatos, Menem, Kirchner y el efímero ex presidente Rodríguez Saá (14 %), como una muestra más de hasta qué punto anteponen la soberbia personal y la sed –insaciable– de poder personal al bien público. Duhalde apoya a Kirchner contra Menem, al que no perdona su reelección como presidente –reforma constitucional previa–, que lo dejó fuera de la carrera hacia la Casa Rosada. La lucha por el uso exclusivo de los símbolos del partido en sus campañas resultó patética; y los ataques verbales que se prodigaron unos a otros, reveladores de su *estilo político* antidemocrático. El *ballotage*, la *segunda vuelta*, tiene el mismo cariz. Menem se dedica ahora, afanosamente, a buscar apoyos de *caciques* provinciales de su partido, a cambio de prebendas y promesas; y a defenestrar a su rival con argumentos del tipo: *con un triunfo de Kirchner, volverá el peronismo de la violencia; pero conmigo regresa el peronismo de la paz y la convivencia*. Palabras que suenan a burla cruel cuando ya es de todos sabido –y demostrado– que, en la caída del presidente electo De La Rúa jugaron

un papel decisivo los *piqueteros violentos* de Menem. Que las medidas económicas y la corrupción que generó, y de la que se benefició Menem durante su mandato, fueron las causantes de la ruina por endeudamiento del país; que traficó ilegalmente con armas durante su gobierno y en proporciones descomunales (100.000 millones de \$ USA); que montó fraudulentas y falsas *exportaciones* de oro para cobrar 150.000 millones de reintegros del Estado) saltándose todas las restricciones de la legalidad internacional, etc., etc... Con lo que se sabe fidedignamente de su desempeño, con lo que ha vivido y vive Argentina por su culpa, el triunfo de Menem resulta escandaloso para cualquier persona de bien. Muchos se preguntan cómo es posible que un país en el que se reconoce un nivel cultural muy superior al de otras naciones americanas, 4 de cada diez votos peronistas hayan sido para Menem.

Como en otras ocasiones hemos dicho, los males presentes argentinos vienen de antes. El inicio de la dramática situación y de los resultados electorales actuales están en el *movimiento* fundado por Perón, a imitación de los fascismos europeos, pero con un sesgo muy *nacional*. Aunque Europa supo decir basta a un Hitler o a un Mussolini, la Argentina fue el escenario de consolidación del modelo *fascista* en el proyecto totalitario peronista, con todas sus estrategias a largo plazo: populismo, dogmatismo,

propaganda partidista, identificación de partido y Nación, aliento y generación del encono de las clases populares hacia las medias y altas, dádivas en lugar de educación para el esfuerzo o el trabajo productivo. *Alpargatas en lugar de libros*, como vociferaba Evita desde los balcones de la Casa Rosada a las multitudes *acarreadas* a Plaza de Mayo con la promesa del regalo de una casa, de una máquina de coser, de una medicina necesaria, tras el ritual colectivo, multitudinario, de adoración al *caudillo*. En lugar de educar a los *descamisados*, se los acostumbró –durante décadas– a esperar la dádiva. La alfabetización de las clases populares se hizo entonces con libros en los que podía leerse *amo a Evita*, forjando en el inconsciente infantil una asociación que explica los altares a *Santa Evita* de muchos hogares, y la añoranza irracional de un tiempo *mítico* en el que todo lo bueno podía conseguirse sin esfuerzo. Como bien dice el científico Gregorio Klimovsky, hoy octogenario y, por tanto, testigo inteligente de este proceso, la revolución que derrocó en el 55 a Perón permitió la reactivación de la universidad, con la recuperación de los disidentes perseguidos por el peronismo y con la incorporación de talentos extranjeros tras las guerras europeas. Sin embargo, no supuso el cambio que se necesitaba, porque el imaginario peronista de las clases populares siguió siendo alimentado por el aparato sindical –con una verdadera oligarquía de líderes que pronto se hicieron millonarios y se

eternizaban en sus cargos— forjado por el fundador, a su imagen y semejanza y con la fuerza que le proporcionaban los aportes sindicales obligatorios del 2 % sobre el total de todos los sueldos del país, decretados por Perón. La fractura social, la corrupción generalizada se consolidaron, aún en los períodos posteriores de democracia de cierto progreso para la clase media y el país en general. El deterioro se agudizó terriblemente con la vuelta de Perón, en los setenta, lo que ahora puede repetirse con un triunfo menenista. Los sucesivos períodos de juntas militares, de represión, de terribles inflaciones económicas, de la absurda guerra de las Malvinas, no hicieron sino aumentar el descontento de los pobres, el exilio de profesionales y emprendedores en busca de un mundo mejor. El país de acogida de antaño, se transformó en el de expulsión y exilio desesperado de hogar.

La presidencia de Menem (1989-1999) proporcionó el espejismo de la renovación, de la recuperación económica. Las ventas a monopolios extranjeros de empresas públicas que arrojaban hasta entonces pérdidas, ofrecieron la anhelada imagen de la eficiencia. Era posible contratar una línea telefónica en días, cuando, por ejemplo, había sido un proceso tan incierto como ganar la lotería. La paridad dólar-peso hacía pensar al argentino que, por fin, se había alcanzado la estabilidad económica. Sin embargo, la corrupción menenista hacía su

labor y, a pesar de los más de 23.000 millones de cobro declarado en las privatizaciones de las empresas públicas —Entel, Gas del Estado, YPF, Aerolíneas Argentinas, Obras Sanitarias, carreteras y autopistas, etc., etc.—, de las extraordinarias cosechas, el déficit público creció y creció hasta cotas insalvables y quintuplicó la deuda de 50.000 millones \$ USA, más 4.000 millones de intereses. Ese capitalismo salvaje menenista y el endeudamiento ocasionado mostraron su verdadero rostro con la presidencia de De La Rúa, que apareció ante los ojos de todos como el culpable. El expolio del *corralito* —con Cavallo, el mismo ministro de Economía del peronista— fue el colofón del proceso de destrucción sistemática de la clase media. Estos damnificados no votaron a Menem; pero consiguió el apoyo de muchos de los veinte millones de pobres que hoy son más (55 %) y cada vez más pobres (26 % de indigentes) gracias, precisamente, a la política menenista y al crecimiento del desempleo (22 %); y de los empresarios nacionales y extranjeros que se han beneficiado de su política ultraliberal. Los extremos de la sociedad apoyan a Menem, aunque por razones bien distintas. Paradoja que recuerda demagogias y populismos del pasado peronista.

Inmediatamente surge la pregunta: ¿a quién votarán ahora los argentinos? Como dice Elisa Carrió, se trata de elegir el *mal menor*. Si gana Menem, se prevé la

implantación de un programa derechista, neoliberal, de alineamiento con los Estados Unidos –y a los Bush– en torno al ALCA, de pagos de la deuda externa a costa de más endeudamiento, y más espejismos de progreso con nuevas privatizaciones de lo que queda sin hipotecar de la Argentina. Si el que resulta ganador es Kirchner, al que se le reconoce honestidad –rasgo que, de verdad, sorprende a estas alturas– pero de cuyo talento se duda para la magnitud de la tarea nacional, es previsible una línea de continuidad con las políticas que ha venido implementando el ministro de Economía Roberto Lavagna, con cierta estabilidad y aumento de la productividad del mercado interior, cercano al Mercosur.

El futuro es muy incierto y no es fácil adivinar qué medidas concretas de gobierno tomará el ganador, habida cuenta de los discursos vacíos de campaña. El gobernador de la provincia de Santa Cruz recibirá, probablemente, el beneficio del voto *contra* Menem –los sondeos anticipan de 30 a 50 puntos de ventaja– de quienes jamás habrían pensado votar a un líder del peronismo. Un enfrentamiento muy reñido de insultos y demonización del contrario que arrecia desde el menenismo: el caudillo da la pauta. Tal vez la consecuencia más interesante de este proceso sea la quiebra del partido peronista, que, atrapado en la lucha Menem/Duhalde, en la evidencia del desgaste interior y de liderazgo,

se vea obligado a cambiar su estrategia populista y corrupta, a respetar las reglas del juego democrático y -de paso- sin manipular al pueblo argentino. Es deseable que estas disensiones internas contribuyan a mostrar el verdadero rostro del peronismo a los crédulos que aún lo votan; y que la memoria histórica no olvide que cerca de cuarenta funcionarios menenistas tienen causas abiertas por el expolio de las arcas del Estado, por sobornos, por *mordidas* sin fin; y eso a pesar de la compra sistemática de jueces y de la Corte Suprema para garantizarse la impunidad. Y que el pueblo argentino perciba la peligrosidad de la avanzada edad de Menem y del protagonismo que en la campaña ha venido dando a su esposa, una *miss* que recuerda la estrategia-trampa que llevó a Isabel Perón a la presidencia, junto a *asesores* como el nefasto López Rega. La tendencia a la repetición de los errores del pasado es una amenaza siempre presente en la historia política argentina. Ojalá esta vez sepan conjurarla y que la delincuencia no vuelva a representar a un país en el que aún viven y sufren muchas personas decentes. ■